

Editorial



Volumen 5 N.º 42
enero - junio de 2017
ISSN: 0122-4328
ISSN-E: 2619-6069
pp. 8-9

La realidad educativa sigue siendo un misterio para muchos colombianos. Nos referimos a lo que pasa en la escuela, a lo que realmente pasa en estas instituciones que están pegadas a la piel de la sociedad desde hace tantos decenios. A pesar de que es una institución todavía querida y reclamada por millones de personas y objeto de tantas discusiones, de tantas políticas, lugar por el que pasan tantos millones de pesos, tanta burocracia, tanta administración y tantos negocios, no es mucho lo que la gente sabe de ella. A pesar de que la escuela sigue siendo un escenario privilegiado para la sociedad, con todo y las críticas que se le hacen, no siempre hay información suficiente sobre lo que acontece en su interior. Todavía en ella pasan sus primeros años millones de niños, niñas y jóvenes, pero las familias y la opinión pública desconoce mucho de sus dinámicas cotidianas. En los debates políticos para elegir presidentes, para elegir parlamentarios y gobernantes locales, siempre la educación es un asunto privilegiado, pero es allí, justamente, cuando se hace evidente cuán desconocida es la realidad de la escuela.

No sabemos si este desconocimiento es bueno o malo. Con los desarrollos de las tecnologías de control cada vez se afinan más las técnicas para observar lo que pasa en su interior, en parte con la intención de racionalizar, ordenar y hacer funcional lo que allí sucede, de acuerdo con intereses y propósitos particulares. Esto ha afectado la autonomía profesional de los maestros y, para muchos, los efectos de estos dispositivos que se diseñan desde el exterior son perversos, por cuanto pretenden instrumentalizar lo que en la práctica es imposible regular.

En todo caso, al final, la escuela sigue operando de acuerdo con inercias centenarias, de acuerdo con misteriosos mecanismos propios de la cultura, de acuerdo a la conjunción de azarosos efectos que resultan del encuentro humano. Claro que las políticas educativas la afectan, pero no regula de manera absoluta su complejidad.

Lo que los maestros y un segmento importante de la sociedad le pide por lo general al Estado no es tanto que controle lo que pasa en las aulas, sino que garantice las condiciones para que pase lo mejor. He allí la tensión que se produce entre quienes se ocupan de la educación escolarizada: ¿quién decide lo que allí se hace?

Mientras intelectuales, expertos, tecnócratas, políticos y líderes, discuten que hacer con ello, en las aulas silenciosamente siguen trabajando día a día miles de maestros produciendo una alquimia que, cuando nos acercamos a observarla respetuosamente, resulta impresionantemente mágica. Hay razones también para preocuparse, por supuesto, pero también hay razones para seguir siendo optimistas, porque al final de los balances, los niños y los jóvenes siguen encontrando allí, en la mayoría de los casos, un espacio para crecer amando la vida.

Una vez más nuestra Revista se propone mostrar por qué sí hay razones para seguir creyendo en la escuela y en los maestros. No pretendemos ser un dispositivo más que permita observar su interior para controlar lo que en ella sucede. No, todo lo contrario, lo que procuramos es mostrar la riqueza de lo que hay allí para que aprendamos a respetarlo y a valorarlo, e insistir con ello en la urgencia de acompañar a los maestros fortaleciendo y mejorando las condiciones en las que trabajan.

Con este lente de observación podemos reconocer, en este número, cómo los maestros que se forman aquí y en otros países, aprenden a ser autónomos y a ejercer su profesión con idoneidad, cuando se les permite compartir en Red sus experiencias y sus reflexiones, o cuando aprenden a leer sus propias experiencias. Observamos cómo la música, en un caso, o los ejercicios en torno a la memoria, en otro caso, siempre de la mano de los maestros, siguen siendo estrategias poderosa para que los estudiantes encuentren formas alternativas de luchar en contra de la guerra que no cesa de agobiarnos. También se muestra cómo el trato pedagógico que le dan los maestros a unos estudiantes sordos, transforma la vida de ellos, pero también la de sus familias. Vemos también a maestros trabajando con los estudiantes en procura de apropiar el territorio para ayudar a su sostenibilidad ambiental.

Alejandro Álvarez Gallego



Volumen 5 N.º 42
enero - junio de 2017
ISSN: 0122-4328
ISSN-E: 2619-6069
pp. 8-9